



Italia

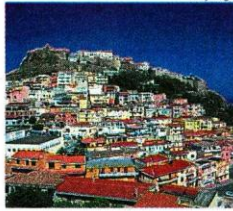
Un extenso recorrido por Cerdeña como excusa para visitar Borore, el pueblo ancestral. Además, Alghero y Oristano, entre otras playas junto al mar Tirreno.



Ana Teresa Porcu
Empleada de la Fundación Miguel Lillo. Vive en Tafí Viejo (Tucumán) y viajó a Europa en noviembre de 2013.

Conocer Cerdeña, en el sur de Italia, puede resultar una experiencia emotiva si uno es descendiente de sardos o, como turista, se llena los ojos de paisajes que no olvidará nunca. Deslumbran sus coloridos pueblos típicos, las costumbres ancestrales y las playas, donde el mar Tirreno ruge. Cerdeña, donde nació mi padre, se divide en cuatro provincias, como se aprecia en su escudo.

Varias compañías de ferry unen el puerto romano de Civitavecchia con Cerdeña, pero en temporada baja funciona solamente un barco lujoso, que navega de noche hasta el amanecer. El pasaje (a unos 70 euros) se consigue por Internet.



Gettyimages

En Cerdeña hay que tener en cuenta que los taxis no son frecuentes, más bien escasos y con tarifas caras. Hay paradas específicas donde una puede estar horas esperando. La escasez de taxis se nota más que nada en los puertos, pero en la zona de Nuoro, ubicada

en el interior de Cerdeña, directamente no existen.

Cuando llegué al puerto de Olbia me encontré con un paisaje impresionante, una salida de sol única que dura unos minutos. Su manto rosado cubre el Tirreno por segundos.

De Olbia llegamos en dos horas en tren a Macomer, un pueblo relativamente grande con respecto a los otros de la región. Nuestro destino final era Borore, donde me aguardaba mi familia. En los pueblos vecinos, como Sindia, la gente vive de la vid, los olivares y los criaderos de cerdos. Allí todavía funciona el trueque, un sistema común para comercializar vino, aguardiente, queso y aceitunas.

Conocimos distintas playas como Alghero –llena de corales– y Oristano. En realidad, toda la costa del mar Tirreno es maravillosa aunque también bastante famosa por sus precios elevados.